



INSURRECCIÓN

RESUMEN

Día 19 de setiembre: calma pesada: un alcatraz: Colón sondea 200 brazas sin encontrar fondo. - Día 20: vuelve á aparecer la hierba: se coge un pájaro como una garza: varios pajarillos cantando. - Día 21: más hierbas: alarma: una ballena. - Día 22: menoshierba: viento de Sud-este: serias murmuraciones. - Día 23: una tórtola: pájaros pequeños: se levanta el mar. - Días 24, 25 y 26: desenvoltura de los marineros: viento del Este: Martín Pinzón grita «¡tierra!» torcióse el rumbo: la tierra era una nube. - Días 1.º, 3.º, 6 y 7 de octubre: discrepancia de las medidas tomadas por los pilotos: no se ven pájaros: la *Niña* dispara un cañonazo: se deshace la ilusión. - Días 8 y 9 de octubre: pajarillos como de campo: aire fresco y suave como por abril en Sevilla. - 10 de octubre: motín. - Discurso de Roldán. - Contesta Colón. - La idolatría y la fe. - La mayor batalla del mundo. - Continuación del motín. - Profecía y última orden de Colón. - Nueva aparición del genio de la Atlántida.

- Gran calma. - Un alcatraz. - Colón sondea más de doscientas brazas - ¡no es bastante!
¡Qué atroz profundidad, casi marea!
- Pradería de hierbas ambulante.
- En un buque una garza el vuelo apea.
- ¡Pajarillos que cantan! - ¡Adelante!
Si hoy sólo hierba vuestra quilla toca,
mañana será arena, y después roca.

Aun prosigue la mar de hierbas llena:
¿quién al mirarlas de pavor murmura?
- ¡Casi alegre el horror de una ballena
en tan grande quietud y á tanta altura!
No hay hierba: - veintidós. - ¡Brisa serena!
- ¡Mas murmurar! en ocasión tan dura,
¿no sabéis, españoles, que á lo menos
saben morir sin murmurar los buenos?

Una tórtola; ¡bien! ¡nuncio dichoso!
¡Cuál despiertan sus cantos nuestros duelos!
- Más pájaros, ¡salud! - ¡Cuánto reposo!
- Se alza el mar, se disipan los recelos.
- Algunos días más y soy dichoso:
seguid, seguid, yo pediré á los cielos
que volváis con la dicha que habéis ido.
¡Es tan poco y tan fácil lo que os pido!

Veinticuatro. - Aun hay gente que murmura.
- Viento de Este. - Pinzón á un mástil sube:
- ¡Tierra! - grita: ¡buen Dios! ¿será locura?
¡Nunca un placer como al oírlo tuve!

Variad de rumbo. - ¿Es cierta mi ventura?
No era tierra ¡oh dolor! era una nube.
¡Sucede tantas veces en la vida
tomar por cosa real la que es fingida!

La ciencia de los prácticos se admira,
porque discrepa la distancia andada.
¡Qué soledad! - El tres sólo se mira
aire y silencio, imágenes de nada.
- ¡Tierra! - la *Niña* un cañonazo tira...
Mas la ilusión deshace la alborada.
¿Acaso un mago con furor violento
nos va la tierra convirtiendo en viento?

Giran el ocho en torno de las naves
pajarillos que al alba se levantan:
¡qué hermosas son en alta mar las aves!
y, si buscamos tierra, ¡qué bien cantan! -
Día nueve. - Aires frescos y suaves,
que tanto el gusto de Colón encantan,
- Que son (lo escribe así su alma sencilla)
cual las brisas de abril son en Sevilla. -

En el mil cuatrocientos que corría,
y año noventa y dos de nuestra era,
el diez de octubre, por la vida mía,
de esta historia inmortal borrar quisiera.
Cuanto se toca, y oye, y ve este día,
todo á la vil tripulación altera.
Se vuelve el más pacífico iracundo.
¡Todo se acaba donde acaba el mundo!

De su temor en el fatal exceso
Roldán la chusma amotinar procura,
y en un corrillo bárbaro y sin seso
hablando de Colón, así murmura:
- Si impidiere tenaz nuestro regreso,
lanzadle al mar en premio á su locura;
que el hecho ocultará, más que el humano,
con discreción eterna el Oceano. -

Oye Colón su estúpido delito,
y al verlos acercarse á su presencia,
- Atended, que su fruto es exquisito, -
les dijo, - si es amarga la paciencia.
- Sabed - exclamó Roldán alzando el grito -
que perseguir más lejos ya es demencia
cuantos me escuchan creen, como yo creo,
esa ilusión que os huye ante el deseo.

- ¿No veis - dijo Colón - cuán bienhadados
vamos poniendo fin, con tiempo hermoso,
á este mar que llamaban espantados
los árabes: - *inmenso y tenebroso?*
- ¡Muera! - gritan los Porras sublevados.
- Pues herid, - sigue el héroe con reposo; -
labraréis con mi daño vuestro daño;
¿dónde sin su pastor irá el rebaño?

- ¡Muera! - insiste Roldán enfurecido; -
no puede ser más sabio un pobre loco
que cuantos sabios en el mundo han sido;
ni más valiente que Hércules tampoco.
- ¡Pues heridme! - Colón dijo atrevido; -
¿qué me importa morir? Dentro de poco
el generoso pecho de algún hombre
hará de gozo palpitar mi nombre.

- ¡Herid! si os atrevéis, ¡herid! - decía. -
¡Cuánto inútil terror vino inspirando
ese menguado de Hércules un día
el fin del mundo en Cádiz señalando!
¡Herid! - siguió; - sin la experiencia mía
una muerte común, torpes vagando,
más tarde encontraréis, ó menos tarde,
oscura y criminal, necia y cobarde. -

No hay quien no luche allí. La IDOLATRÍA
entre todos con ciego fanatismo
difundiendo el terror así decía:
- Mirad: aquí... ¡el abismo! allí... ¡el abismo! -
La FE en tanto á Colón le repetía,
como si fuese un eco de sí mismo:
- ¡Tu bajel, inmortal aventurero,
remolcará á la vuelta un mundo entero! -

¡Quién creará que en tan frágiles maderos,
y en esas luchas que parecen vanas,
se disputan tal vez mundos enteros!
¡Altos juicios de Dios! ¡Cosas humanas!
¡Entre cuatro infelices marineros,
más que en Farsalia, y en Chalons, y en Cannas,
en alta mar, en incruenta guerra,
mediando está la suerte de la tierra!

- ¿Y qué veis - un Jiménez preguntaba -
para esperar á nuestro mal consuelo?
¡Tras la extensión de un mar que nunca acaba,
la inaccesible soledad del cielo!... -
Diciendo así Jiménez sollozaba;
y abundando los otros en su duelo,
exclaman, recordándolos en vano:
- ¡Mi pobre madre! - ¡Mi infeliz hermano!

«Lejos - siguió Roldán - de nuestros lares
no hay para nuestra muerte un punto cierto;
nuestro sepulcro borrarán los mares
tan pronto ¡ay Dios! cerrado como abierto.
Las madres, descargando sus pesares,
¿dónde creerán las tristes que hemos muerto?
¿Ante qué cuerpos rendirán honores?
¿Sobre qué tumbas ¡ay! verterán flores?

»De la patria la tierra encantadora
se entreabre de los deudos al gemido;
mas cuando el mar sus víctimas devora
lo hace en silencio, sin dolor, sin ruido.
Decidme, os ruego, si nos traga ahora
este lago de plomo derretido,
¿qué nos espera en tan aciaga suerte?
¡El olvido, la muerte de la muerte!

»¿No veis - siguió - cuál de dolor suspiran
los que modelos de valor llamamos?
Los más leales contra vos conspiran.
¿Dónde vamos, decid, y en dónde estamos?»
Todos en torno el horizonte miran,
como quien dice: - Es cierto, ¿adónde vamos? -
¡Y sólo ven por único consuelo
agua y agua en el mar, aire en el cielo!

Y en tanto que el dolor de todos crece,
«¿No veis - siguió doblando sus lamentos -
que hasta que han muerto por aquí parece
los inconstantes soplos de los vientos?
Nada en la tierra este dolor merece:
mirad que aunque logréis vuestros intentos,
vuestra vida será, siendo envidiada,
menos dichosa cuánto más honrada.»

— ¡Adelante! — Colón grita altanero.
Y hablando en baja voz, murmura apenas:
— Me lo ha dicho del cielo un mensajero:
Tú librarás el mar de sus cadenas.
— Continúa el marcado derrotero, —
con palabras siguió de imperio llenas; —
que quepa á todos por igual la suerte;
¡todos á la India, ó todos á la muerte! —

Así dijo Colón. Y con la mano
señalando al Ocaso con fiereza,
cruzó de una mirada ese Oceano
que hace perder el verlo la cabeza.
Y el recuerdo de un numen ya lejano,
pasando por su mente con presteza,
dijo con voz que redobló su brío:
— ¡Cruza impávido el mar; sigue, hijo mío! —

CANTO XIV

¡TIERRA!

RESUMEN

El 11 de octubre encontraron un palo, una caña, un bastón labrado ingeniosamente, un junco recién cortado y una hierba recientemente arrancada. — La Ignorancia, la Envidia y la Idolatría cercan al sol. — Discurso de la Idolatría. — Huida del sol. — Efectos de la Envidia. — Al anochecer cantan el *Salve Regina*, promesa de Colón. — La Esperanza electriza la atmósfera. — A las diez se ve una luz que se mueve. — Expectación general. — A las dos de la mañana dispara la *Pinta* un cañonazo. — Sonrisa de esperanza. — ¡Tierra! — Colón manda aferrar. — Arrepentimiento de los insurrectos. — Invocación de Colón á las virtudes teologales. — Pensamientos de Colón.

¡Bien por Colón! Si más le atormentaron,
desde que octubre por su mal corría,
mil señales de tierra le alegraron
en la mañana del oncenno día.
— Un palo y una caña aquí alcanzaron.
— Allí un bastón labrado ve un vigía.
— Parece que ya tierra á ver se alcanza...
¡Cuánta prueba, es decir, cuánta esperanza!

— ¡Un junco!... es tan reciente, que ver creo
el brillo de la hoz que lo ha segado.
— ¡Cuán nueva es esa hierba!... casi veo
la mano del pastor que la ha arrancado.
— ¿Veis tierra? — Aun no! es la sombra del deseo.
— ¡No rompáis el bauprés; id con cuidado!
Ved que el junco y la hierba es cosa nueva...
Esa no es esperanza, esa ya es prueba.

¡Cerca la tierra está! Sí, ya se siente
aire gentil como de olor de flores.
¡Cerca está, cerca está! porque impaciente
la IDOLATRÍA agota sus furiosos.
¡Sí, cerca está! porque también clemente
dobla el bando del cielo sus favores!
El principio del fin éste es por tanto:
¡a vencer, ó á morir!... ¡piedad, Dios santo!

Iban, la IDOLATRÍA concitando
cuanta torpe pasión su culto encierra;
la IGNORANCIA, del mar la ira agitando;
á las almas la ENVIDIA haciendo guerra.

Y en su inútil encono, no logrando
mover el mar ni conturbar la tierra,
en rápido tropel, tendiendo el vuelo,
suben la furia á desatar del cielo.

Cercan al sol las tres. Con arrogancia
parar su curso la IGNORANCIA ansía.
Le habla la IDOLATRÍA con jactancia.
Puesta detrás la ENVIDIA enturbia el día.
Y cuando al sol detuvo la IGNORANCIA,
«Si tu trono — gritó la IDOLATRÍA —
no arrastras al antípoda hemisferio,
¡dios de los Incas! se acabó tu imperio.

» ¡Ciega esas naves! Si la cruz cristiana
toca esas playas á tu fe rendidas,
no verá más la tierra americana
las víctimas sin fin á tí ofrecidas.
¡O los dejas hoy ciegos, ó mañana
no tendrán para tí, desconocidas,
ni la tierra montañas, ni el mar ondas,
donde tu faz avergonzado escondas!

» Niega á Colón tu luz. Justo es que ampare
la tierra en que tu culto persevera;
el último tal vez de tus altares,
y la defensa de mi fe postrera.
¡Salva, salva, abismándote en los mares,
tu último altar y mi postrer trinchera!
Si en redoblar tu curso no te ahincas,
tu imperio se acabó, ¡dios de los Incas!»

La oyó el sol, y temió; y en su venganza
reabsorbe en sí la luz, cegando el suelo,
y huye tan rauda, que á seguir no alcanza
el ojo de las águilas su vuelo.
La IDOLATRÍA, que junto á él avanza,
aun le gritaba en el opuesto cielo:
— Si en redoblar tu curso no te ahincas,
tu imperio se acabó, ¡dios de los Incas! —

¡Ira del cielo! Tras el mar de Atlante
sepulta el sol sus rayos moribundos...
¡Ni siquiera una luz deja expirante
en la ancha esfera de los anchos mundos!
En vano por ser dios, astro radiante,
buscas los senos de la mar profundos.
¡La gloria de Colón será completa!
¡Te acuestas dios, y te alzarás planeta!

Parte el sol! (Dios vendrá!) parte, siguiendo
de la IGNORANCIA la ominosa huella.
La IDOLATRÍA en él sigue infundiendo
los sustos, odios y furores de ella.
La ENVIDIA en pos, lo negro ennegreciendo,
tan repugnantes hálitos resuella,
que esparce nubes cual la niebla frías,
y fétidas, y espesas, y sombrías.

Eran y son de esencia tan impura
de la ENVIDIA los ímprobos resuellos,
que retiraron á su sombra oscura,
su brillo el mar, la luna sus destellos.
De horror también los astros de la altura
volvieron hacia allá los rostros bellos:
nada entre el vaho que á la envidia abisma
puede vivir más que la envidia misma.

Cuando las sombras — ¡qué piedad! — miraron
los marineros, con acento amante
una Salve á la Virgen entonaron,
clara luz del perdido navegante.
Y con pruebas que á todos admiraron,
prometió aquella noche el Almirante
realizar su fantástica quimera:
¡de tantos sueños realidad primera!

En calma está la mar. — Sopla la brisa.
Es la noche más negra á cada instante.
Sólo un brillo en los aires se divisa
cual de un ángel la risa fulgurante.
Y era que la ESPERANZA con su risa
el aire enardecía tan amante,
que el mundo, electrizado, semejava
que su faz con su espíritu alumbraba.

Suenan las nueve. El mar sigue en bonanza.
Como á eso de las diez, Colón, inquieto,
brillar hacia Occidente, en lontananza,
miró un movible y luminoso objeto:
creyéndolo ilusión de su esperanza,
llamó á Pedro Gutiérrez en secreto,
para que viese si, como él, veía
clara la luz que á trechos se movía.

Viendo la luz ante sus ojos obvia,
dió Gutiérrez la luz por luz probada;
mas en la duda que su mente agobia
fué la opinión de Sánchez consultada:
pero Rodrigo Sánchez de Segovia
prorrumpió para sí no viendo nada:
— Esas luces así son, según veo,
concreciones no más del buen deseo. —

Las doce dan... ¡Qué noche tan sombría!
Dan la una... las dos... ¡no se oye un ruido!
Ni lengua allí ni corazón había
que una voz levantase ni un latido.
¡Silencio sepulcral, que precedía
al más grande rumor que el mundo ha oído,
pues á hundirse iban en su calma muda
más de mil lustros de ignorancia y duda!

Tras mil lustros y más llegó el momento...
Sonó en esto en la *Pinta* un cañonazo
que el Himalaya estremeció en su asiento,
que hizo vibrar su cima al Chimborazo.
Tronó de firmamento en firmamento,
y se le oirá tronar de plazo en plazo,
¡hasta que, roto el eje en que se funda,
con pasmo universal el orbe se hunda!

¡TIERRA!... grita una voz. Todos perplejos
miran... ¡no es cierto!... el cielo está sombrío.
Sonríe la ESPERANZA... á sus reflejos
miran más... ¡tierra ven!... ¡no es desvarío!
¡Sí!... ¿qué es la sombra que se ve á lo lejos?...
Tierra será, tierra es tal vez, ¡Dios mío!
Pues aun tenaz en repetir se aferra
Rodrigo de Triana: — ¡TIERRA! ¡TIERRA! —

¡Tierra! ¿Es posible que tan cuerdo fuera
de los locos el loco más extraño,
que por fin de otro mundo se apodera
que hace veinte años sigue año tras año?
¿Con que esa eterna y sin igual quimera
era verdad, gran Dios! Si no es engaño,
¡prestadme vuestro aliento peregrino,
Homero sin rival, Dante divino!

Dejad que cante al genio que ha eclipsado
de los héroes y sabios la memoria,
oprobio de los siglos que han pasado,
y de los siglos venideros gloria:
al que excediendo, por querer del hado,
cuantos prodigios hacinó la historia,
desea... y realizando devaneos,
cual los de Dios son mundos sus deseos!

¿Qué sentirá Colón cuando evocando
un mundo de entre el húmedo elemento,
sobre las alas de su fe flotando
ve sobre el mar petrificarse el viento?...
Sentirá lo que Dios, cuando engendrando
cuanto ha sido y será de un pensamiento,
su hechura al contemplar de encantos llena,
con sonrisa de amor *vió que era buena.*

—¡Alto! ¡Aferrad! — ¡La tierra está delante!
Dan las tres... ¡Cuánto tarda la mañana!
La chusma ayer frenética, arrogante,
tan sumisa se muestra como ufana:
grita aquí uno cual grita el Almirante:
remeda otro á Rodrigo de Triana:
los unos exclamando: — ¡Aferra! ¡aferra! —
repetiendo los otros: — ¡Tierra! ¡tierra! —

Así ¡de hinojos! De Colón las manos
besan algunos á sus pies cayendo:
los que insultaron su dolor villanos,
villanos piden su perdón gimiendo.
— ¡Alzad! ¿y quién no yerra? alzad, hermanos.
Generoso Colón les va diciendo:
¡Gracias al cielo! ¡Alzad! ¿Y quién no yerra?
¿Veis esa sombra bien?... ¡Esa es la tierra!

¡Pasa otro instante!... ¡dos!... Todos el día
aguardan vueltos hacia el suelo hispano,
mientras, pidiendo luz, Colón decía,
descubierta la frente, alta la mano:
— ¡Si hay gloria en este mundo, de la mía
permitidme ¡oh virtudes! que esté ufano!
¡Que alumbre el sol mi venturosa suerte,
y después, si queréis, venga la muerte!

La FE, la CARIDAD y la ESPERANZA,
á esta humilde oración siguen la vía
del fugitivo sol que, porque avanza,
cegar el genio de Colón creía.
El grupo en busca de la luz se lanza,
y con el sol volviendo al otro día,
para ser de su disco conductoras
las tres virtudes suplen á las horas.

Y otro instante pasó... y otro... En su gloria
piensa Colón, cruzando por cubierta,
y tanto tanto se engolfó en su historia,
que era su distracción locura cierta.
Hirviendo de recuerdos su memoria,
de sus sentidos la existencia muerta,
así decía, continuando internos,
de su alma los monólogos eternos:

«¿Con que al fin, más feliz que mis mayores,
dejo del fiero mar la senda franca?...
¡De placer, olvidando sus dolores,
el corazón del pecho se me arranca!
¡Imbéciles! ¡Imbéciles doctores,
que hicieron de mí escarnio en Salamanca!...
(¡Oh, cuánto tarda el sol!) ¡Su gran talento
ha quedado, por Dios, con lucimiento!

»¡Qué gozo va á sentir tan lisonjero
Beatriz Enríquez, mi secreta esposa!
¡A su feliz progenitor primero,
cuánto mi stirpe alabaré orgullosa!
¿Y qué dirá del pobre aventurero,
al ver que su corona hace gloriosa,
aquella Reina para mí tan buena?
¿Y qué dirá fray Pérez de Marchena?

»Santangel ¿qué dirá de mi jornada?
¿Y Toscanelli, de Florencia aurora?
¿Y Quintanilla?... Si de mí hoy se agrada,
de seguro en sabiéndolo me adora.
La Marquesa de Moya, la privada
de la reina Isabel, ¿qué dirá ahora?
¡Con qué gracia, bondad y cortesía
en la cámara real me entró aquel día!

»Venecia, ¿qué dirá mi gloria viendo?
¿Y Génova, la ingrata patria mía,
y el falso Portugal, que dejé huyendo?...»
Y ya triste, ya alegre, iba y venía.
Y una vez, y otra vez, yendo y viniendo,
— ¿Y ese sol que no viene? — repetía.
La postrer vez que á un loco asemejaba;
y la primera vez que loco estaba.

«¿Y fray Pérez? — seguía; — no se aparta
su imagen fiel de la memoria mía:
¡el buen fraile! justo es que con él parta
cual mi dolor ayer, hoy mi alegría.
¿Cómo decía su postrera carta?
¿Cómo decía, á ver, cómo decía?»
— SI LA TIERRA NO HALLÁIS, LOCO PROFUNDO;
SI HALLÁIS LA TIERRA, REDENTOR DE UN MUNDO.



MUERTE DE NUÑO

RESUMEN

Caída mortal de Nuño. — Conclusión de su historia. — Su muerte.

De un vértigo de muerte poseído
cayó Nuño del árbol de mesana,
cuando rival de Dios favorecido,
— ¡Tierra! — gritó Rodrigo de Triana.
Del alta punta con fragor caído
Nuño, dando á su mal muerte temprana,
pegado al puente, que con rabia oprime,
rota una sien desesperado gime.

Oyen Rodrigo y Zaida de su pecho
el ¡ay! al gozo general mezclado,
y corriendo hacia él: — Nuño, ¿qué has hecho?
gritan los dos con fraternal cuidado.
Nuño, entre llanto que ocultó deshecho,
fué resuelto á decir: — ¡Que me he arrojado! —
Mas por no herir su pecho entristecido,
prorrumpió el infeliz: — ¡Que me he caído!

— Adiós, Zaida, — siguió, — dulce embeleso;
sabe por fin que tanto te quería,
que de tu amor me asesinó el exceso.
— ¿Tu amor, hermano? — «Amor, hermana mía;
mas no se alarme tu virtud por eso,
porque el mío en tu espíritu vivía
como dicen que está con santa calma
en el seno de Dios mística el alma.

»Viví á tu lado ardiendo en casto fuego,
en tu vida mi vida concentrada,
viéndote airada ahora, amable luego,
unas veces amante, otras amada.

Es el amor tan confiado y ciego
que, aunque de mí vivías olvidada,
iba siempre esperando el alma mía
que te acordases de quererme un día.

»Solamente una vez quise enemigo
morir matando y acabar mis duelos;
pero al mataros, perdonad, Rodrigo,
impidieron mi error justos los cielos:
mas á lanzaros á morir conmigo
no me arrastraba el odio, eran los celos;
no he podido jamás, ni aun puedo ahora,
aborrecer lo que mi Zaida adora.

»Dadme, Rodrigo, vuestra mano, — (y fría
tendió la mano, que estrechó Rodrigo); —
aun, si labráis de Zaida la alegría,
seré desde la tumba vuestro amigo:
su dicha haced, tras la desdicha mía,
ó tremenda os dará lento castigo
la eterna, fiera y última mirada
que en vuestra alma ¿la veis? dejo clavada.

»¡Zaida! la frente que en alzar me afano
encienda por piedad tu mano ardiente,
pues ya me hiela el pensamiento vano
cual losa del sepulcro de mi mente.
¡Zaida! me ahogo ya; mas no tu mano
separe cuidadosa de mi frente,
pues lo que en ansia atroz mi aliento embarga
es de mi propio corazón la carga.»